

vacía, donde el hombre, en breve número, vivía disperso y errante; donde, lejos de ser el amo en ese territorio, no ejercía ningún imperio sobre él; donde, no habiendo sojuzgado jamás ni a los animales ni a los elementos, no habiendo dominado los mares, ni encauzado los ríos, ni trabajado la tierra, no era él mismo sino un animal de primer orden, y no existía para la Naturaleza sino como una criatura sin importancia, una especie de autómatas impotente e incapaz de mejorarla o de ayudarla. La Naturaleza le había tratado más como madrastra que como madre, negándole los sentimientos de amor y el agudo deseo de multiplicarse. En efecto, si bien el salvaje del Nuevo Mundo tiene más o menos la misma estatura que el hombre de nuestro mundo, ello no es suficiente para que constituya una excepción al hecho general del empequeñecimiento de la naturaleza viviente en todo el continente que habita. El salvaje es débil y pequeño en cuanto a sus órganos de generación. No tiene ni vello ni barba y carece de ardor para su hembra. Aún siendo más ágil que el europeo por su costumbre de correr, es, sin embargo, mucho menos fuerte físicamente; es mucho menos sensible, y no obstante, más tímido y cobarde; no tiene ninguna vivacidad, ninguna actividad en el espíritu; la corporal es más bien una acción imprescindible determinada por la necesidad, que un ejercicio o un movimiento voluntario: quitadle el hambre y la sed, y destruiréis al mismo tiempo el principio activo de todos sus movimientos; se quedará torpemente en cuclillas o tendido de espaldas durante días enteros<sup>7</sup>.

— el párrafo anterior nos dice ya lo que será la definición del salvaje impotente en el tratamiento de inferioridad americana realizado por Buffon. Incluso llega a comparar a los indígenas con serpientes, al definirlos a ambos como igualmente fríos. Todas estas degeneraciones, combinadas en un ambiente húmedo donde todo se corrompe, llevan a Buffon a hablar de la juventud de América, a la que define como un continente joven que todavía no se ha secado de su relativamente reciente emergencia de las aguas. En el plano humano, la juventud es la misma: el hombre americano aún no ha tomado posesión del mundo, pero

dentro de algunos siglos, cuando se hayan roturado las tierras, talado los bosques, encauzado los ríos y controlado las aguas, esta misma tierra ha de devenir la más fecunda, la más sana y la más rica de todas, como ya parece serlo en todas las regiones que el hombre ha trabajado<sup>8</sup>.

De toda la teoría de Buffon, es precisamente la parte en que hace juicios de valor, con sus calificativos de «bueno» y «malo», «mejor» y «peor», la que se va a imponer a sus contemporáneos.

Los filósofos, pues, se apoderan de la teoría de la inferioridad del Nuevo Mundo. Así, Hume, en su ensayo *Of National Characters* (1748), afirma que

hay alguna razón para pensar que todas las naciones que viven más allá de los círculos polares o dentro de los trópicos son inferiores al resto de la especie.

Aunque sin embargo, para explicar esta afirmación, el empirista inglés no recurre a las causas físicas, sino a la «pobreza y miseria» de los hom-

<sup>7</sup> Buffon, XV.

<sup>8</sup> *Ibidem*.

bres septentrionales, y a la «indolencia debida a sus pocas necesidades» de los meridionales. El empirismo de Hume le lleva, por tanto, a pasar de una mera descripción y tipificación de los caracteres de los diversos pueblos a buscar una justificación causal, y racional, de ellos. Este tema ya había sido tratado por los autores clásicos: Platón, en *La República*<sup>9</sup> divide las facultades del alma entre los pueblos, asignando a los griegos las aptitudes para la filosofía; a los fenicios y egipcios el afán de lucro; a los escitas una fuerte pasionalidad... Aristóteles<sup>10</sup> asigna a los europeos y a los habitantes de países fríos una gran impulsividad pero poca inteligencia y capacidad de organización, y una total incapacidad para el autogobierno; los asiáticos son definidos por el Estagirita como inteligentes e ingeniosos pero moralmente débiles, casi siervos por naturaleza, mientras que los griegos, en una posición geográfica intermedia, son valientes, inteligentes, y viven en libertad y buen gobierno. Cicerón, igualmente, desarrolla la idea de que las costumbres están influidas por la naturaleza más que por la herencia<sup>11</sup>, etc.

Pese a que durante la Edad Media estas consideraciones fueron dejadas de lado, por la profunda creencia de base cristiana en la igualdad de todos los hombres, la herencia clásica vuelve a dejarse sentir. Vemos, entonces, que las diferencias entre los pueblos eran para Hume un problema banal, que ya contaba con una argumentación que venía de atrás. Su explicación goza, sin embargo, de originalidad, al no acudir, como los antiguos, a las argumentaciones mecanicistas, que lo explican todo en base a las causas físicas, sino a las condiciones educativas y culturales, y a los móviles de riqueza y oro. Pese a todo, hemos de afirmar que la postura de Hume, si bien no degrada conscientemente al mundo americano, va a sentar las bases para la opinión negativa acerca del Nuevo Mundo que a continuación se empezaría a formular; como afirma Gerbi,

Sin embargo, no obstante la radical revisión a que la sometía Hume, la secular doctrina de la conexión entre clima y caracteres, readaptada a las nuevas circunstancias, también acaba por confluir en el juicio sumario que Europa estaba a punto de formular sobre América<sup>12</sup>.

Así llegamos a los autores que se encuadran dentro de la Enciclopedia Francesa: Louis de Pauw publica sus *Recherches philosophiques sur les américains* en 1768, proyectando en ellas la tesis antitética a la de Rousseau (a quien sólo cita una vez, y para criticarlo), es decir, su firme creencia en el progreso y en la maldad natural del hombre, el cual, en estado de naturaleza, permanece un bruto incapaz de progresar, y de que sólo en sociedad es posible este progreso. Esto podemos verlo cuando, haciendo una crítica a Daniel Defoe, de quien dice que hubiera podido «sacar un producto más acabado» en su *Robinson Crusoe*, afirma:

<sup>9</sup> Platón: *La República*, 435 e-436 a.

<sup>10</sup> Aristóteles: *Política*, VII, 1327 b.

<sup>11</sup> Cicerón: *Pro Lege Agraria*.

<sup>12</sup> Gerbi, *op. cit.*, págs. 40-41.

El hombre, por lo tanto, no es nada por sí solo: cuanto es se lo debe a la sociedad: el más grande metafísico, el más grande filósofo, abandonado durante diez años en la isla de Fernández, regresaría embrutecido, mudo, imbecil, y no entendería nada de la naturaleza entera<sup>13</sup>.

Por esa misma razón, los salvajes americanos son para De Pauw unos brutos que viven sólo para sí mismos, que «odian las leyes de la sociedad y los estorbos de la educación», sin saber que deben sacrificar una parte de su libertad para cultivarse y civilizarse: «Y sin esa cultura no es nada»; «ignora que se puede ser bienhechor, caritativo y generoso»<sup>14</sup>.

De Pauw lleva las tesis de Buffon a sus últimos extremos: Buffon había situado al hombre americano en la frialdad, la inexperiencia y la inmadurez; De Pauw, yendo más allá, afirma que el indígena del Nuevo Mundo no es ni siquiera un animal inmaduro, sino un degenerado:

La especie humana, sin lugar a dudas, está debilitada y degenerada en el Nuevo Continente.

Así, si el hombre americano es un degenerado incapaz de cualquier progreso, quedará excluido de la modernidad: la tan ensalzada razón humana es inaplicable al caso del Nuevo Mundo, en donde es imposible cualquier idea de civilización. Para mostrarlo, se atreve incluso a negar los avances culturales de los incas. De sus quipus, por ejemplo, dice:

Esos instrumentos a los que llaman Quipos, no podían contener ningún sentido moral, ni ningún razonamiento, y cualquiera que fuera la manera como se los combinara y los nudos y los colores de estos cordoncillos, no podían servir más que para hacer cálculos y renovar la memoria de un acontecimiento sencillo<sup>15</sup>.

Para él, el Cuzco, la capital del imperio incaico, no sería más que un hacinamiento de chozas, y la idealización que de él hicieron los españoles es un cuadro falso:

Si pudiera creerse todo lo que la mayoría de los historiadores españoles han escrito sobre el estado político del Perú antes de la llegada de Pizarro, nos veríamos obligados a confesar que había, en esta parte del nuevo continente, un imperio poderoso y formidable, donde había infinidad de ciudades espaciosas y adornadas de edificios soberbios, donde se podían ver fértiles campos, poblados de ganaderos y agricultores nadando en la abundancia. Sus leyes nos dicen, sobre todo, eran admirables, y, lo que es más raro aún, eran respetadas. En fin, si se cree a estos escritores, ningún pueblo sobre la tierra habría gozado de una tan gran felicidad como los Peruanos bajo el gobierno justo y pacífico de sus Incas. Pero desgraciadamente todo este cuadro, cuando se lo examina atentamente, no es más que una ficción, una trama de falsedades y de exageraciones que nos hemos propuesto desmentir...<sup>16</sup>.

A De Pauw no le parece posible que antes de la llegada de los españoles aquellos brutos y degenerados hubieran podido alcanzar el más mínimo

<sup>13</sup> *Louis de Pauw: Recherches philosophiques sur les américains, Vol. II, Berlín, 1774. págs. 302-303.*

<sup>14</sup> *De Pauw, op. cit., vol. II., pág. 207.*

<sup>15</sup> *De Pauw, tomo II.*

<sup>16</sup> *Ibidem.*

atisbo de civilización: tendrá que llegar la sangre europea para darle al Nuevo Mundo y a sus habitantes un mínimo de razón:

Los mestizos, inferiores a los Criollos, sobrepasan no obstante con mucho a los naturales de América, cuya sangre no se ha mezclado con la de los Europeos; de donde puede inferirse que estos últimos apenas merecen el título de hombres razonables<sup>17</sup>.

Excepcionalmente, el volteriano Marmontel<sup>18</sup> rompe con la línea de degradación del indio americano, al seguir el espíritu tolerante de su maestro y emprender su defensa, pero no refiriéndose a ellos como felices y libres salvajes, sino como infelicitísimos y oprimidos indios, que «en general eran débiles moral y físicamente, lo admito», pero que no carecían de un cierto valor, no a nivel moral, pero sí instintivo.

Llegamos así al abate Galiani, quien se refiere a América en muchas de las cartas que constituyen su *Correspondencia*<sup>19</sup>. Galiani critica a De Pauw, pero no por su tesis y sus argumentos, sino por el método que éste sigue en sus *Recherches*, que le parecen algo inconcluso, que no llega a las conclusiones que debería llegar.

América es, según él, una tierra nueva, «esbozada», y si los modernos europeos llegan a ella y la dominan —porque sus hombres, la raza americana «ceden ante la barbuda, que es la más perfecta de todas»<sup>20</sup>—, podrán llegar a constituir allí el mundo moderno, el mundo del porvenir.

Para Galiani, todos los condicionamientos y la inferioridad de América dependen de la naturaleza y no de la educación, como había pretendido Rousseau. Y si todo depende de la «raza», y de todas las razas, como hemos visto, sólo la blanca y barbuda es susceptible de progreso, el indígena americano es un bruto, y no merece siquiera ser considerado hombre, sino «el más travieso, el más malicioso y el más listo de los monos»<sup>21</sup>.

Al decir «raza» y no clima, Galiani está implicando la oposición entre historia y geografía, entre sociedad y naturaleza, dando de todo el hecho una interpretación humana e historizante. Aunque critica a De Pauw, Galiani admite la política maquiavélica que éste propugna, llegando al extremo de decir:

Mi opinión es proseguir nuestros estragos en las Indias mientras que nos vaya bien, listos para retirarnos cuando seamos batidos<sup>22</sup>.

El único intercambio posible con esos brutos salvajes es «palizas a cambio de tributos». Los indios no están dotados de razón, como los demás hombres, y por tanto no merecen otra cosa por parte de los europeos dominadores del mundo.

Kant admira a de Pauw, y la influencia de éste en el autor alemán es innegable. En 1764, Kant tenía de los salvajes norteamericanos una eleva-

<sup>17</sup> *Ibidem*. Nótese que las palabras Criollos y Europeos están escritas en letra mayúscula, mientras que para referirse a los mestizos y a los naturales, De Pauw utiliza las minúsculas, como hace para nombrar a los animales.

<sup>18</sup> Su ensayo *Les Incas* aparece en París en 1777.

<sup>19</sup> Publicada en Perey, L. & Maugras, G.: *L'Abbé Galiani. Correspondance*, Vol. I.

<sup>20</sup> Carta del 7 de diciembre de 1711.

<sup>21</sup> Carta del 12 de octubre de 1776, recogida en Nicolini, F. (ed.): *Il pensiero dell' Ab. Galiani*. Bari, 1909.

<sup>22</sup> Carta del 5 de septiembre de 1772, en Nicolini, op. cit.